

Política y cultura. Desencuentros y aproximaciones

Subercaseaux, Bernardo

Bernardo Subercaseaux: Investigador chileno. Especialista en temas de historia cultural. Director del Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (CENECA), Santiago.

Resulta conveniente - más que divagar en un plano teórico - interrogarse históricamente por las relaciones entre el ámbito de la cultura y de la política. En esta perspectiva, tanto en América Latina como en otros continentes, los ejemplos de desencuentro y de relación conflictiva abundan. Vale la pena examinar algunos de ellos para referirnos a las lógicas que subyacen a estos dos ámbitos

En Chile, durante el período de la Unidad Popular (1970-73), el Plan de Reforma Agraria fue, como se sabe, uno de los aspectos centrales del programa de ese gobierno. En las movilizaciones políticas urbanas en el imaginativo colectivo y en las transformaciones que se estaban llevando a cabo, e incluso en el aglutinamiento de la oposición (uno de cuyos ejes fue la defensa de la propiedad privada); en todos estos espacios el tema de la reforma agraria fue preponderante.

Dos lógicas diferentes

El problema mapuche ocupó - durante la Unidad Popular - un papel destacado en torno a las reivindicaciones discursivas de la Reforma Agraria. El despojo más que centenario de la tierra que los afectaba convirtió a ese grupo en una verdadera punta de lanza con respecto a la transformación del agro a nivel nacional. Desde el punto de vista político se totalizaba a los mapuches como ejemplo de un sector que había sido despojado de tierras que legítimamente les correspondían, de terrenos que por herencia y tradición constituían su único medio de vida. En esta perspectiva se concibió también la lucha que desde la pacificación venían llevando a cabo los pueblos indígenas. Con un punto de vista eminentemente político (y en el marco del materialismo histórico) se concibió entonces la reivindicación de la tierra mapuche como una reivindicación de clase, en circunstancias que se trataba de una reivindicación de carácter étnico y cultural. Se consideró conciencia de clase lo que

era más bien conciencia étnica. De allí que en la aplicación del plan de Reforma Agraria se procediera por la vía de un sistema único de asentamientos parejo para todo el país, mapuches incluidos.

Ahora bien, el sistema de asentamientos fue, entre los mapuches, en gran medida, un fracaso. Y ello porque en la práctica se tradujo en un manejo técnico-político de los asentamientos por parte de individuos no indígenas. No se percibió que la lucha de los mapuches era una lucha contra los «huincas» y que la reivindicación por el derecho a la tierra formaba parte de una reivindicación cultural más amplia. Vale decir: se enfocó el problema exclusivamente desde una lógica política, desconociendo su dimensión cultural.

Un desencuentro similar se produjo en casi todos los movimientos de cambio de la década de los 60, en América Latina. Así ocurrió con los movimientos étnico-culturales negros en Cuba al comienzo de la Revolución, o con los indios miskitos en Nicaragua. En ambas situaciones lo étnico cultural fue totalizado desde una perspectiva política, vale decir, desde una lógica instrumental en función del poder.

Lo mismo ha sucedido en Africa desde 1950, con la creación de nuevos países después de las luchas de liberación nacional y del proceso de descolonización. Luego que dejó de ser una colonia portuguesa, Mozambique, por ejemplo, se vio abocado al dilema de tener que conformar una nación a partir de componentes diversos. Por una parte con residuos de la cultura colonial portuguesa, por otra con elementos de la cultura científico-técnica occidental necesaria para el desarrollo del país y, por último, con el enorme y heterogéneo bagaje de las culturas tradicionales de signo étnico y tribal. Ahora bien; desde el punto de vista político el desafío fundamental era la unidad del país y, por ende, desde esa lógica se eligió institucionalizar al portugués como lengua nacional. Se trata de una elección que no favorece la preservación de las identidades étnico-tribales y que en cierta medida es contradictoria con una lógica de resguardo y fomento del patrimonio multicultural del país. Por supuesto se trata también de una opción ineludible y necesaria. Es muy probable, sin embargo, que a mediano y largo plazo el predominio de la lógica política por sobre la lógica cultural tenga un costo para la sociedad, que tarde o temprano ésta tendrá que saldar.

Política y arte

El caso de la ex República Democrática Alemana constituye un ejemplo de la fagocitación del arte desde la esfera política y del poder. En las artes plásticas hasta la

década de los 70 predominó el arte de partido, de agitación y de propaganda. El régimen favorecía, con parcialidad indisimulada, la tendencia a la pintura figurativa, al mismo tiempo que oprimía y desincentivaba a pintores abstractos y constructivistas, o a todos aquellos que cultivaban su propia interioridad. Creció así, por una parte, en Alemania oriental un arte «realista» forzado y por otra, en Alemania occidental, un medio artístico de orientación vanguardista, que favorecía el lenguaje de la abstracción.

Mientras a un lado del muro el arte se regía desde 1945 únicamente por los principios y métodos de su propia estética, al otro surgía - en el marco de un consenso socialista administrado desde el poder - un arte de encargo, impregnado de política y retórica. En la RDA se fue creando entonces una «cultura socialista nacional» completamente diferente a la que se desarrolló en la Alemania Federal.

Ciertas disciplinas como la filosofía también fueron fagocitadas por la política. La filosofía se convirtió en una simbiosis de ideología y doctrina de partido. Llegó a ser, literalmente, ideología de afirmación del poder. De hecho la filosofía de la RDA estaba limitada a una doctrina, al marxismo-leninismo, articulado en materialismo histórico y dialéctico, en economía política y comunismo científico. «La historia de la filosofía acababa en Karl Marx: toda la filosofía anterior, sobre todo el idealismo alemán clásico de Kant a Hegel, se veía sólo como 'preámbulo' de éste... y todo lo que venía después, desde Lukács a Habermas, se consideraba 'revisionismo'»¹.

La filosofía se había privado del propio pensamiento. En vez de esto la «reina de las ciencias» actuaba de «doncella de la política»... No se permitía ninguna publicación que no elogiara la construcción del socialismo y llamara a la lucha contra las fuerzas imperialistas, que no celebrara a la RDA, sus aportaciones y éxitos, como una verdadera victoria de los ideales humanísticos y que no declarara finalmente el marxismo como la ideología más avanzada del siglo XX. «En resumidas palabras - dicen Breuer y Mersch - la Filosofía de la RDA era marxista igual que el Estado y su política: por tanto la filosofía era directamente política e idéntica con el poder... al igual que éste estaba directamente legitimado filosóficamente. Pensamiento y poder significaban lo mismo, como pocas veces en la historia del espíritu».

Sería un error, empero, pensar que esta tendencia a la fagocitación del arte y la cultura por parte de la política es sólo privativa de los socialismos reales. Tal vez his-

¹Ingeborg Breuer y Dieter Mersch: «Al final de una filosofía. Sobre el ocaso de una disciplina humanística en la antigua República Democrática Alemana» en Humboldt n° 102, 1991.

tóricamente alcanza en ellos su máxima desnudez e ignominia, sin embargo, se trata también de un fenómeno que aparece y reaparece con distintas graduaciones en la historia de Occidente. De una u otra forma el monopolio del poder siempre ha favorecido y aspirado al monopolio del saber.

Perdurabilidad

Cuando en una situación histórica determinada opera una totalización desde un punto de vista político, ceñida por ende a una lógica instrumental, ello no elimina la dimensión cultural. La perdurabilidad de esta dimensión se mantiene latente, aun cuando como variable de análisis (o realidad) ella haya sido obviada o cooptada durante largo tiempo. Precisamente uno de los rasgos más sobresalientes de lo cultural es su persistencia, su capacidad para mimetizarse, para subsistir y luego reaparecer.

El caso de los antiguos países socialistas, sobre todo de la URSS es, en este sentido, sintomático. Después de más de medio siglo la Unión de Repúblicas Socialistas - una unidad lograda por razones políticas - se desintegra, transformándose en una serie de naciones. Ahora bien ¿qué orienta a estas transformaciones? Fundamentalmente reivindicaciones de tipo étnico-cultural.

El espesor cultural de una sociedad aun cuando esté opacado por otras dimensiones está siempre allí, latente y a la expectativa. El caso del Perú es en este sentido pertinente. El imperio incaico como realidad política concluyó hace cinco siglos, sin embargo la cultura indígena acrisolada por ese imperio sigue de alguna manera viva. Precisamente los grandes problemas políticos del Perú actual derivan en no poca medida de la no integración cultural del país. Del hecho de que por nexos y hegemonía sociopolíticas hayan coexistido (sin integrarse) el Perú de la Costa y el Perú de la Sierra, el Perú blanco y el Perú indígena, una realidad política ficticia (de uniculturalismo) y una realidad pluricultural con dos o más caras. Si se tiene en cuenta que la cultura es el soporte de los procesos de identidad y auto-imagen de una sociedad, no es casual que en ese país se esté dando una situación que podría calificarse de esquizofrenia social, con fenómenos como el milenarismo indígena y Sendero Luminoso.

Si se mira el mapa actual de conflictos y desafíos que se dan en el mundo (el Medio Oriente, Perú y Surinam, Yugoslavia, antiguos países socialistas, etc.), el análisis encontrará que tras cada uno de ellos subyacen problemas de índole cultural, problemas que obligan por lo tanto a tener en cuenta dicha variable. Son conflictos que

por otra parte nos están dando indicios de una contradicción entre la lógica de la política y la lógica de la cultura. En cada caso la realidad cultural (sea la lengua, los valores tradicionales, la conciencia étnica o la creatividad) ha sido totalizada o negada desde el ámbito de la política.

El ámbito de la política aparece entonces como el ámbito de la voracidad, de la impaciencia y de lo contingente. Pero también del cambio. Como una dimensión que responde básicamente a una lógica instrumental y de poder, en la que el fin justifica los medios. El ámbito de la cultura aparece, por el contrario, como el dominio de la paciencia, de la tradición y del tiempo largo. Como un ámbito en que opera una lógica expresiva, vinculada a las dinámicas de autoimagen, memoria colectiva e identidad. La política es un recorte, un mapa de la realidad, no la realidad misma. Obedece en este sentido a una lógica totalizante. La cultura tampoco es la realidad real, es una construcción social, una suma, una trama de interpretaciones.² Pero, mientras la política es una especie de escalera a través de la cual la razón trepa hacia la utopía (con el desafío permanente del vacío), la cultura, en cambio, es el cordón umbilical que sostiene al lenguaje, las costumbres, los valores, la memoria histórica y la creatividad.

Origen e historicidad

La contradicción entre ambas lógicas ¿es acaso histórica o permanente? ¿Data del comienzo de la modernidad, de la época renacentista y del maquiavelismo? ¿O es acaso fruto del iluminismo y de la Revolución Francesa? ¿O se trata sólo de una contradicción que se hace patente en este siglo, en los regímenes que conciben a la política como una suerte de ingeniería social? Todo indica más bien que la lógica instrumental es inherente al ámbito del poder y por lo tanto está presente en la política desde siempre. Lo que sucede es que ha habido gradualidades y momentos diferentes. Precisamente el Renacimiento, las concepciones teleológicas dieciochescas y las revoluciones del siglo actual, son hitos en un proceso de creciente secularización de la política. Un proceso a través del cual la esfera de lo político se ha ido separando de otras esferas - fundamentalmente de la religiosa - y convirtiéndose en una técnica. Es por lo tanto perfectamente previsible que la lógica propia de la política se haga patente de modo más descarnado durante cada uno de estos hitos.

No se trata sin embargo de caer en una visión maniqueísta, que equipare la política al mal o al demonio y la cultura al bien. Precisamente lo demoníaco reside en la distancia y el desencuentro - acrecentado con la modernidad - que se viene dando

²J.J. Brunner: Un espejo trizado, Santiago, 1988.

entre ambas lógicas. Incluso este distanciamiento se propicia a veces desde la propia esfera de la cultura. Las ortodoxias amparadas en esta distancia - se dan desde ambas lógicas. Ejemplo revelador constituyen, en este sentido, las posturas que propician el purismo cultural, y que son frecuentes en países con una alta población indígena.

Algunos intelectuales de países como Perú, Bolivia y Paraguay esgrimen en efecto una concepción dual de la cultura de América Latina. Ello implica, por un lado, la existencia de un núcleo cultural endógeno, un componente autóctono incontaminado de sustrato precolombino, indígena o rural, y por otro un componente ilustrado, foráneo y contaminado. Oponen entonces la cultura nativa a la occidental, lo autóctono a lo exógeno, la cultura tradicional a lo moderno. Desde esta postura perciben incluso como positivo al analfabetismo, pues este implicaría una forma de lucha y de resistencia cultural. Se trata de una totalización inflexible desde el ámbito de la cultura, en que la mirada política es sacrificada en función de una suerte de fundamentalismo y ortodoxia cultural.

De todo lo anterior se puede concluir entonces que el gran desafío actual y futuro es la aproximación de dos lógicas que históricamente, sobre todo en el curso de la modernidad, han tendido al desencuentro.

La mirada cultural

Las preocupaciones más acuciantes de la actualidad latinoamericana merecen y necesitan una mirada cultural. Problemas y desafíos como el desarrollo, la modernización, el impacto y rol de la televisión, la descentralización o regionalización, la contaminación, la calidad de vida, incluso el ámbito de la política. Con frecuencia estos problemas son «leídos» o diagnosticados sólo con una mirada económica o, cuando más, política.

En cuanto al desafío del desarrollo la mirada cultural sale al paso a las percepciones economicistas que miden el desarrollo sólo en términos de patrones universales de corte tecnocrático-racional, como si el desarrollo se alcanzara con un determinado índice estadístico. A partir de la variable cultural se vértebra, entonces, una concepción no tecnocrática del desarrollo y un concepto integral del mismo, que valora lo cultural como una dimensión no adjetiva sino sustantiva del desarrollo. La mirada cultural contribuye también al concepto de desarrollo endógeno, apuntando a un desarrollo originado al interior de cada país, basado en los contextos reales de cada sociedad, en las necesidades y aspiraciones de su población y en

los recursos actuales y potenciales de que dispone. De acuerdo con esta mirada cada sociedad debe encontrar su propio modelo de desarrollo y no hay un modelo único que pueda ser aplicado como tabla rasa. Se trata por ende de imaginar modelos de desarrollo que sean consecuentes con la especificidad cultural y social de cada país y que no transgredan su memoria colectiva.

Hay dos formas extremas, y a nuestro juicio discutibles, de percibir el proceso de modernización. Una es aquella que se instala en la economía o la política y que se rige únicamente por criterios funcionales o tecnocráticos, y que extremando estas lógicas hace tabla rasa del espesor y la realidad cultural del país. Desde esta postura - y no se nos escapa que estamos caricaturizando - podría sostenerse la necesidad de recurrir al inglés como lengua nacional porque es el idioma más eficiente para la modernización. La otra postura, antípoda, es aquella que se instala únicamente en el espesor cultural, y que desde allí percibe a la modernización como un fenómeno postizo y exógeno a la realidad latinoamericana (sobre todo a su ethos étnico, popular y religioso).

Planteadas de este modo estas dos posturas niegan toda aproximación entre las dos lógicas. Son sustancialistas y fundamentalistas. Llevadas a su aplicación práctica se traducen en dos modelos o concepciones que históricamente se han mostrado insuficientes: el modelo del neoliberalismo a ultranza (los «Chicago Boys» en Chile) y el modelo camboyano de Pol Pot. La mirada cultural sobre la modernización implica precisamente eso: una mirada entre otras. O en términos de análisis: una variable necesaria de considerar a la par que otras. Si se asume la modernización sin contar con esta mirada se corren graves peligros de anomia u otras patologías sociales.

La regionalización o descentralización de un país no puede tampoco concebirse únicamente como un proceso administrativo o de índole jurídico-burocrática. La dimensión cultural y la necesidad de preservar, fortalecer y proyectar las identidades culturales regionales es una necesidad para el éxito del proceso de descentralización. Y nos referimos al éxito en todas sus dimensiones: éxito político, administrativo y económico. La variable cultural debiera ser por ende un componente fundamental en el análisis y consideración de los más diversos problemas.

Incluso en el análisis de la esfera política la mirada cultural tiene mucho que decir. Los partidos políticos, por ejemplo, tienen una cara visible que son sus ideas, sus programas, sus afinidades ideológicas; pero tienen también otra cara que rara vez se explícita: una cara y una agenda casi secreta de índole cultural. En el caso de

Chile y de cada uno de los partidos se podría decir, en este sentido, algo. El Partido Radical es la cultura del comistrajo, del dominó, del amiguismo, de los pataches y de la camaradería. El Partido Comunista - más allá de su a menudo equivocada cara visible - es la cultura de la puntualidad, de la seriedad y honradez con los dineros, del sacrificio y del tradicionalismo moral. Estas dimensiones culturales casi nunca se consideran en el análisis, pero sin duda existen y funcionan y a veces son - ya vimos que la perdurabilidad es una de las características de la lógica cultural - fundamentales, tanto o más relevantes que la cara visible o explícita.

Democratización y democracia cultural

Las políticas culturales constituyen una instancia que posibilita y promueve la aproximación entre la esfera de la política y la esfera de la cultura, con beneficios para el conjunto de la sociedad. En tanto modelo de política cultural la democratización cultural tiene como objetivo repartir el capital y la acumulación cultural que existe en la sociedad. Se trata de una propuesta extensiva que busca facilitar el acceso de las mayorías a los bienes culturales, bienes que abarcan de preferencia las expresiones artísticas legitimadas por la tradición. Se trata también de lograr una mejor distribución geográfica y social de la infraestructura a través de la cual circulan esos bienes (cines, bibliotecas, librerías, etc.).

La moderna industria cultural ha contribuido, no cabe duda, a la democratización cultural. Los más de un millón de aparatos de televisión y los catorce millones de radios que existen en Chile (catorce millones de habitantes) han contribuido a democratizar la música, la información, etc. Por regirse fundamentalmente por una lógica mercantil, estas industrias culturales conllevan sin embargo el peligro de la uniformación transnacional de la cultura. También el peligro de que la vida cultural se convierta en un fenómeno de consumo o recepción pasiva, y no en un proceso activo o participativo. En esta perspectiva resulta necesario complementar el parámetro de democratización cultural con el de democracia cultural.

Cabe pensar que así como hay una ciudadanía política (derecho a voto, a expresar libremente las ideas, etc.) debiera haber una carta de ciudadanía cultural. Una carta que al menos considerara los siguientes derechos: derecho al acceso cultural; derecho a la producción cultural y por ende a los espacios de formación y elaboración, y derecho a participar en la gestión cultural. Las políticas extensionistas o de democratización cultural tienden a satisfacer el primer derecho, sin embargo no los otros dos. De allí la necesidad de una propuesta que contribuya a aumentar la crea-

tividad cultural, de modo que la sociedad, en toda su diversidad y sectores, se haga más viva y protagonista.

La democracia cultural implica hoy día necesariamente una democracia comunicacional. Vale decir la posibilidad de que los distintos agentes sociales y culturales del país se expresen. Que estén presentes en el imaginario colectivo: en el modo como nos concebimos y representamos. La pluralidad cultural debe expresarse a través de los medios. Ello contribuye a favorecer la autoimagen y a democratizar la sociedad en un sentido no estrechamente político. Solamente en la medida en que la heterogeneidad de sectores, grupos o de energías culturales latentes que existen en la sociedad sean reconocidas y favorecidas (por el Estado, por la sociedad civil o política) se estarán sentando las bases para que el movimiento creador de cada individuo pueda expresarse plenamente.

La democracia cultural (y comunicacional) es un factor fundamental para la estabilidad democrática (en el sentido político) de un país. Constituye una forma de integración tanto o más válida que la que se logra por la vía del mercado o del consumo. Qué duda cabe de que si el Perú fuese un país culturalmente integrado no habría «Sendero Luminoso». La democracia cultural y comunicativa aproxima la esfera de la política a la esfera de la cultura, y obliga a que la una sea a la otra como el guante a los dedos de una mano.

Se puede concluir entonces que las políticas culturales en su doble parámetro (de democratización y democracia cultural, de acceso y participación en la vida cultural) constituyen un factor fundamental para aproximar la esfera de la cultura a la esfera de la política, y sobre todo para darle mayor solidez y estabilidad democrática a nuestras sociedades.

Referencias

*Breuer, Ingeborg; Mersch, Dieter, HUMBOLDT. 102 - 1991; Al final de una filosofía. Sobre el ocaso de una disciplina humanística en la antigua República Democrática Alemana.

*Brunner, J. J., UN ESPEJO TRIZADO. - Santiago. 1988.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 116 Noviembre- Diciembre de 1991, ISSN: 0251-3552, <www.nuso.org>.